



Me dispongo

“ Escrutemos en toda su anchura el horizonte para ver si descubrimos alguna persona que sea libre para determinarse según su voluntad. Y únicamente nos podremos fijar en los escasos hogares que sobreviven como recuerdo y testimonio de aquel hogar de Nazaret.

–Guillermo Roviroso, O.C. T.I., 77

“ Que la Navidad sea para todos una oportunidad para redescubrir la familia como cuna de vida y de fe; un lugar de amor que acoge, de diálogo, de perdón, de solidaridad fraterna y de alegría compartida, fuente de paz para toda la humanidad.

–Francisco, *Urbi et orbi*, Navidad 2020

Dejo que resuenen los textos anteriores, para situarme en la vida

Hoy mira tu familia. Tienes un proyecto familiar que quieres vivir en ella, compartido con todos los que la formáis.

Tienes un proyecto familiar que quieres ofrecer también a tus compañeras y compañeros de trabajo, de vida y de lucha.

Tienes un proyecto familiar también que vivir en la comunidad cristiana de la que formas parte.

Pon esos proyectos en manos de Dios. Preséntale las alegrías y las dificultades que vives en ellos.

Familia

*Hay un vínculo más hondo que la sangre,
un árbol que echa raíces
más firmes que la genealogía
una herencia
que no está en los papeles ni las leyes,
una unión que va más allá
del espacio o el tiempo compartido.*

*Es el amor.
El amor que acoge sin condición.
Amor que se derrama
en mil facetas de la vida.
Amor nuestro de cada día,
dibujado en estampas de hogar,
discusiones olvidadas,
en el pulso de las generaciones
que reclaman su parcela de autonomía,
y en la experiencia de los mayores
dispuestos a compartir su memoria.*





*Esa es la familia que vamos forjando
a base de encuentros, confianzas,
saludos y despedidas.*

*Ese es el hogar
donde se fragua lo que somos.*

(José María R. Olaizola, sj)

La Palabra se pronuncia en mi vida

Lc 2,41-52: Los padres de Jesús lo encontraron en medio de los maestros.



Sus padres solían ir cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua. Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos, creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo.

Y sucedió que, a los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados». Él les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?». Pero ellos no comprendieron lo que les dijo.

Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

Palabra del Señor

Palabra que da luz a mi historia

El relato del evangelio parece anticipar lo que será la vida de Jesús, centrada en los intereses de Dios, pero también nos muestra la humanidad de Jesús, su adolescencia conflictiva en el entorno familiar; como un adolescente más Jesús va creciendo –con todo lo que eso supone– en una madurez personal y progresiva, ante los hombres y ante Dios.



El relato tiene una intencionalidad teológica: mostrar el éxodo del hombre libre fuera de la institución judía. Jesús se desmarca, en esta escena, de sus padres, de su entorno familiar, y se va desmarcando de la cultura religiosa de Israel para autocomprender su experiencia religiosa en la relación con Dios «mi Padre».

Jesús va creciendo y madurando, y José y María –que viven la incompreensión de lo que suceden– van madurando también su fe en medio de perplejidades, angustias y gozos. Es la experiencia de la vida misma, que requiere, como hace María, guardar muchas veces los acontecimientos en el corazón, esperando que se desvele su sentido.

Pocos elementos tan humanos en Jesús como esta vida familiar, en la que casi todos nosotros nos podemos sentir reconocidos en alguno de los actores, o en varios, a lo largo de nuestra vida. En ese ir creciendo y madurando, en los pequeños y grandes conflictos, en la incompreensión y en el aprendizaje mutuo, y en el amor.

Siempre podemos tener el proyecto de tener un hogar «feliz» a salvo de todo conflicto, al margen de problemas y agobios que pueden vivir otras familias que conocemos. Entonces acabamos viviendo la «gratuidad» solo en el estrecho marco de los intereses privados. En el fondo este encerrarnos en el refugio cálido de lo que no nos interpela, acaba por desentendernos e insensibilizarnos de los problemas ajenos. Nos impide crecer, madurar y realizarnos, y termina por convertir nuestro «refugio familiar» en una experiencia compartida de egoísmos.

Nuestro ideal puede ser lograr la armonía y la felicidad familiar pero no es eso lo único que descubre la familia cristiana en el evangelio. Si queremos vivir el amor en el hogar solo podemos hacerlo sin encerrarlo egoístamente en las fronteras de casa. Para que sea fructífero nuestro proyecto familiar, ha de abrirse a la acogida de otros que nos necesitan, y ha de ayudarnos al compromiso en el esfuerzo por un mundo mejor.

Una familia abierta a los dolores de la humanidad, dispuesta a compartir con los necesitados y comprometiéndose en aportar su propia vida para construir la comunión social está caminando pese a las dificultades, hacia la verdadera felicidad del evangelio, haciéndose casa y escuela de comunión.

Nuestro mundo necesita de esas familias nuestras. Nuestra Iglesia, llamada a ser familia, necesita de esa experiencia de iglesia doméstica que vamos aprendiendo a vivir. Nosotros seguimos necesitando la familia como proyecto humano de comunión más propio y cercano en el que vivir.

En la familia se aprende a pedir permiso sin avasallar, a decir «gracias» como expresión de una sentida valoración de las cosas que recibimos, a dominar la agresividad o la voracidad, y a pedir perdón cuando hacemos algún daño. Estos pequeños gestos de sincera cortesía ayudan a construir una cultura de la vida compartida y del respeto a lo que nos rodea (LS 213)».

No aspiro a la familia perfecta, sin problemas ni conflictos. Aspiro a una familia cuyo centro es el amor. Seguro que en el proyecto familiar que quiero vivir hay mucho que puedo aportar para que el amor sea el centro. Concreto qué, y me propongo un plan para irlo viviendo.



Desde el encuentro con la Palabra,
vuelvo a invocar al Dios Comunión y Familia

En familia

*Donde nos conocemos a fondo,
y nos queremos como mejor sabemos.
Donde la casa es historia, hogar y memoria,
y la puerta está abierta.
Donde se dicen las cosas más claras.
Donde tienes tu raíz y tu entraña,
donde te quitas el maquillaje
y te pones las zapatillas.*

*Pero también donde nos tenemos
sin apresarnos,
que habrá que volar del nido
un día.*

*Donde no siempre pensamos igual,
creemos de distintos modos,
y soñamos sueños diferentes
porque es la misma sangre
pero varios corazones.*

*Donde a veces hay silencios difíciles,
palabras pendientes,
donde el amor es asimétrico,
porque hay quien da todo
y hay quien exige de más
y agradece de menos.*

*En familia, en nuestra carne y nuestra vida,
tan humana,
quiso nacer todo un Dios.*

(José María Rodríguez Olaizola)



Y para vivir lo que pido, ofrezco mi vida,
unida a la de los pobres

Señor, Jesús...

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.